exteriores de su revelacion, á saber, los hechos divinos, y en primer lugar los milagros y las profecías, que, manifestando claramente la omnipotencia é infinita sabiduría de Dios, son ciertísimas señales de la divina revelacion, acomodadas á la inteligencia de todos. Por lo cual Moisés, los Profetas, y sobre todo Jesucristo Señor nuestro, hicieron muchos y patentísimos milagros y profecías; y de los Apóstoles leemos (1): *«Partieron y predicaron doquiera, cooperando el Señor y confirmando su predicacion con los milagros que la seguian.» Y en otro lugar está escrito* (2): *«Tenemos enseñanzas proféticas seguras, á las cuales haceis bien en atender, como á una luz que brilla en un lugar oscuro* (3).»

g. Ojeada general.

18. b. Hemos tomado una á una las diversas revelaciones hechas por Dios á los hombres, pasando revista á las pruebas principales de cada una de ellas. Pero si abarcamos el conjunto de estas revelaciones y las comparamos, ya sea unas con otras, ya sea unas y otras con los acontecimientos generales de la historia de los pueblos, esta ojeada general constituye una prueba más evidente aún, si posible fuere.

Dios promete un Mesías libertador luego después de la caída original. Complácese en hacerse aguardar y desear largo tiempo por el género humano; pues, por ley ordinaria de su providencia, otorga sus grandes favores á los deseos continuos y fervorosos. Reitera su ofrecimiento de generacion en generacion, é imprime sus principales rasgos en todos los grandes personajes de la humanidad.

Luego, cuando la vida humana se ha acortado, y la idolatría se difunde por doquiera, escoge Dios á una na-

(1) Marc. XVI, 20.
(2) II Petr. I, 19
(3) Conc. Vat. *De fide cath. cap.* III

cion para guardar especialmente la creencia en el Mesías; y es el mismo pueblo del cual el Mesías debe nacer. La nacion escogida viene preparada en sus patriarcas, Abrahan, Isaac y Jacob; recibe del mismo Dios su forma por Moisés; desde las alturas del Sinai dale Dios instituciones, ritos y culto que en sus pormenores y conjunto se refieren al Mesías venidero, y, siendo figura de sus misterios, deben perpetuar de generacion en generacion la fe y la esperanza en ellos. Gobierna á su pueblo por medio de jueces que Él mismo elige, y cuya vida deja entrever de antemano los principales rasgos del gran Juez de vivos y muertos.

Pone luego al frente de este pueblo una magnífica dinastía de reyes, ascendientes y figuras del Rey futuro de Israel. Suscita á una muchedumbre de Profetas, todos los cuales vislumbran en lontananza al través de los siglos á Aquel que es «el deseado de las naciones,» y pintan detalladamente su advenimiento, su progreso y su consumacion, las circunstancias de su venida, sus milagros, sus ignominias y sus glorias.

Cesan las profecías: bajan del trono los descendientes de David, antepasados del Mesías; pero la creencia de los judíos en el próximo advenimiento del gran Rey de Israel, se hace más universal y más firme. Participan de ella todos los gentiles: Suetonio, Tácito y Ciceron atestiguan que en todas partes se aguardaba la llegada de unos conquistadores salidos de Judea. Virgilio canta el nuevo siglo que va á comenzar; los chinos envian una embajada á Occidente para «informarse del Santo (1).»

Al mismo tiempo la sucesion de los cuatro imperios ha reunido á todos los pueblos en una vasta sociedad

(1) Schmitt. *La redencion anunciada por las tradiciones*, China, § 6.

que habla una misma lengua, se rige por unas mismas instituciones, y obedece á unos mismos jefes; todas las partes de este vasto imperio se enlazan con rápidas y diarias comunicaciones; abiertos están los caminos del universo mundo; y la buena nueva podrá ser llevada á la vez á todas las naciones.

Aparece de repente un hombre incomparable; declara que es El el Libertador prometido y esperado, el Mesías; todas las profecías se hallan realizadas en su persona. Hace tantos y tantos milagros como *jamás* justo alguno *los hiciera*. Su palabra conmueve á las muchedumbres, de tal suerte que sus mismos enemigos confiesan que jamás ningun hombre habló como El. Parece la santidad misma: manso y humilde, permite y quiere que le adoren; sencillo y familiar con los pecadores, reprende con firmeza la hipocresía y el orgullo de los fariseos.

Sube al Calvario, y, conforme lo habian predicho los Profetas, como El mismo lo habia declarado, muere en cruz entre dos criminales, mientras los Apóstoles, que por tres años le acompañaron y se formaron en su escuela, andan huídos y dispersos.

Mas, á la vuelta de algunos dias, sus Apóstoles son «revestidos de la Virtud de arriba», y son llevados por el divino Espíritu por todos los caminos del mundo; predican «la buena nueva» á todas las naciones; afirman que el crucificado galileo es el Mesías por espacio de cuatro mil años esperado; que murió, pero resucitó luego; y que vive en Dios hasta que llegue el dia en que vuelva, para juzgar á los vivos y á los muertos. Los judíos «escudriñan las Escrituras» para ver si en Él se cumplieron las profecías, y muchos se convierten; los gentiles sobre todo creen en «la buena nueva;» y judíos y gentiles convertidos forman un pueblo nuevo, el pueblo de todo el universo, la Iglesia *católica*, que de

Jesucristo y por Jesucristo vive. Los judíos que, extraviados por su esperanza en un Mesías que habia de darles el imperio temporal de la tierra, se niegan á convertirse al Evangelio, son dispersados por todos los países, y muestran desde entonces á todos los pueblos los Libros sagrados que dan perpetuo testimonio contra ellos. Los gentiles que no abrazan el Evangelio, caen en una ignorancia y corrupcion siempre crecientes; y por siempre más en adelante la civilizacion queda vinculada en la profesion del Evangelio.

Os lo pregunto: si hay Dios, ¿pudo permitir que el género humano aguardase durante siglos y siglos á un Redentor ó Mesías que no debia venir jamás?

Os lo pregunto: si hay Dios, ¿pudo permitir que un hombre se hiciera pasar por el Mesías, Dios y hombre, y que lo probara Él mismo con las señales más patentes y diera á sus enviados el poder de probarlo con señales no menos evidentes, si nunca hubo ni debió haber un Mesías y un Dios encarnado?

Os lo pregunto: si hay Dios, ¿puede permitir que Jesús, hijo de María, sea llamado, hace ya diez y ocho siglos, en todos los pueblos con el mismo nombre de Mesías ó Cristo, si no hay tal Cristo ó Mesías?

Así, pues, la revelacion primitiva y la revelacion de Moisés preparan la revelacion de Jesucristo; y la revelacion de Jesucristo consuma todas las revelaciones anteriores. Los sacrificios sangrientos de la antigüedad figuran el sacrificio del Calvario, del cual es renovacion, extension y aplicacion el sacrificio eucarístico. El pueblo de Dios comienza con el mundo, pero en estado de dispersion; júntase en nacion bajo Abrahan y sobre todo Moisés; y llega á ser todo el género humano en la Iglesia católica. La fe en el Mesías venidero santifica á los hombres por espacio de cuatro mil años; la fe en el Mesías venido los santifica hace ya mil ochocientos años.

Jesús *Mesías* ó Jesús *Cristo* es el alfa y el omega, el principio y el fin (1); era ayer, es hoy, y será por los siglos de los siglos (2).

«Oh Dios,» dirémos con San Agustin, «si Jesucristo no es el Enviado de Dios, si no es Dios, Vos mismo nos habeis engañado.»

3.º Segundo método para la apologética.

19. a. Hay otro método que ilustres apologistas han preferido por ser más corto, y viene tambien indicado por el Concilio.

¿Habló Dios?

Sí. Abrid los ojos: teneis delante á su embajadora, la Iglesia, que lleva en la frente los blasones y los títulos de su divina legacía (3).

Para que pudiéramos cumplir con el deber de abrazar la verdadera fe, y perseverar en ella constantemente, instituyó Dios por medio de su unigénito Hijo la Iglesia; y la dotó de caracteres que patentizasen su institucion, á fin de que pudieran conocerla todos como guardadora y maestra de la palabra revelada. A la Iglesia católica, pues, pertenecen todas aquellas cosas, que tan admirable y copiosamente fueron dispuestas por Dios para hacer evidente la credibilidad de la fe cristiana. Aún más, la Iglesia, por sí misma, esto es, con su admirable propagacion, eminente santidad é inagotable fecundidad en toda clase de bienes, con su católica unidad é inmutable estabilidad, es un grande y perpetuo argumento de credibilidad é irrefragable testimonio de su mision divina. Y por esto, «como una señera levantada á la faz de las naciones (4)», llama á su seno á

(1) Apoc. XXII, 13.

(2) Hebr. XIII, 8.

(3) «Para dejar sentada la divinidad del Cristianismo, no hemos partido de las honduras de la metafísica ni de las regiones lejanas de la historia: nuestro punto de partida ha sido un fenómeno vivo y palpable, que hace ya siglos que vive entre nosotros. *(Lacordaire, Conf. 37.ª).*»

(4) Is. XI, 12.

aquellos que no creen todavía, y en sus hijos aumenta la certidumbre de que la fe que profesan descansa sobre solidísimos cimientos (1).

En una palabra, la Iglesia, siquiera en sí misma considerada, se nos presenta como una obra más que humana. Luego la revelacion que enseña la Iglesia es divina.

1. Fundacion y propagacion de la Iglesia.

19. b. Consideremos en primer lugar *la fundacion y propagacion de la Iglesia.*

A peticion de los judíos los romanos acaban de crucificar á un judío; y á la vuelta de algunos años todo el mundo adora al Judío crucificado. En efecto, los cristianos invaden prontamente el imperio romano entero, y ya extienden sus conquistas mucho más allá de las fronteras del mismo: doquiera fundan iglesias poderosas, con su jerarquía, sus templos y su culto. «Somos de ayer,» dice Tertuliano, «y todo lo llenamos: las ciudades, las islas, las villas, los municipios, los consejos públicos, los mismos campos, las tribus, las decurias, el palacio, el senado, el foro: sólo os dejamos los templos.» San Ireneo cita á Egipto, Libia, España,

(1) «Ut autem officio veram fidem amplectendi, in eaque constanter perseverandi satisfacere possemus, Deus per Filium suum unigenitum Ecclesiam instituit, suæque institutionis manifestis notis instruxit, ut ea tanquam custos et magistra verbi revelati ab omnibus posset agnosci. Ac solam enim catholicam Ecclesiam ea pertinent omnia, quæ ad evidentem fidei christianæ credibilitatem tam multa et tam mira divinitus sunt disposita. Quin etiam Ecclesia, per se ipsam, ob suam nempe admirabilem propagationem, eximiam sanctitatem et inexhaustam in omnibus bonis fœcunditatem, ob catholicam unitatem invictamque stabilitatem, magnum quoddam et perpetuum est motivum credibilitatis et divinæ suæ legationis testimonium irrefragabile. Quo fit, ut ipsa, veluti signum levatum in nationes, et ad se invitet qui nondum crediderunt, et filios suos certiores faciat firmissimo niti fundamento fidem quam profitentur. *(De fide cath. cap. II).*

Galia y Germania entre las naciones alumbradas con la luz del Evangelio. «La Iglesia de Cristo, dice San Ignacio de Antioquía, se ha extendido desde uno á otro confin del mundo.» «No hay raza alguna de hombres, dice San Justino, sea civilizada, bárbara, y hasta nómada, sin casas y viviendo en carros, en que no se ofrezcan oraciones y se den gracias al Padre Criador de todas las cosas invocando á Jesús crucificado.»

«Un Judío crucificado, crucificado por los romanos, crucificado á peticion de los judíos, objeto de aversion por consiguiente de judíos y romanos, convierte á los romanos por medio de los judíos y hace de Roma la sede de un imperio que abarca toda la tierra. Explicadlo (1).»

¿Cuáles fueron los instrumentos de esta obra? Doce pescadores galileos, pobres, ignorantes y débiles. ¿Encontraron apoyo en los poderes públicos? Nó; contra ellos lanzaron los emperadores los edictos de persecucion más sangrientos. ¿Lograron el favor de los filósofos, de los letrados, de los ricos? No; «hay entre nosotros, dice San Pablo, pocos sabios, pocos poderosos, pocos ricos.» ¿De qué medio se valieron, pues, los Apóstoles para convertir el mundo? De la palabra, de la palabra solamente. Entonces la doctrina que predican deberá de parecer evidentemente verdadera como un teorema de geometría, será grata al espíritu, al corazon, á la fantasía? Ciertamente tiene el Evangelio, como hemos dicho, claridades maravillosas para el hombre humilde y puro; pero choca con el humano sentir, contradice á todas las pasiones, y promete para una vida que vendrá en pos de la actual bienes espirituales y sobrenatural bienandanza. «Predicamos, dice San Pablo,

(1) Rhorbacher, *Historia universal de la Iglesia católica*, lib. XXIV.

la palabra de la cruz;» nuestro dogma es que Jesús fué crucificado; nuestra moral, que el hombre debe crucificar su carne con todos sus apetitos; nuestro culto es «la declaracion,» es decir, la representacion de la pasion y muerte de Jesús crucificado. De suerte que sólo conocemos, y predicamos tan sólo, el misterio de la cruz. Por esto nuestras palabras las toman «por escándalo los judíos, y por locura los gentiles.»

Empero, cuanto más débiles son naturalmente los medios empleados por Dios, más patente se ve la accion sobrenatural de Dios. «Dios eligió lo débil para confundir lo fuerte, y lo que no es para abatir lo que es,» para que «no le venga al hombre la tentacion de gloriarse,» sino que deje para el Señor la gloria de sus obras.

Venimos á parar á esta conclusion: la fundacion y la propagacion de la Iglesia son obra de Dios; luego la revelacion que la Iglesia enseña es divina.

2. Santidad. Virtudes reservadas. Vida interior.

19. c. ¿Dónde hallais la santidad? En los católicos. ¿Dónde las instituciones santas? En la Iglesia.

Hallamos hombres de bien entre los paganos, hasta entre los musulmanes quizás; mas no examinemos muy de cerca y al pormenor sus obras, y menos sus intenciones. Empero ¿hallamos fuera de la Iglesia católica á Santos Pablos y Juanes, á Santos Basilios y Agustines, á Santos Franciscos de Asis, Vicentes de Paul y Luises Gonzagas, á Pios IX y Mons. de Segur? ¿Hallais siquiera Santos comparables con los que acabamos de nombrar entre aquellos que no profesan con toda su perfeccion la religion de Jesucristo, es decir, entre los herejes y cismáticos? Recorreréis el mundo entero y no hallaréis fuera de la Iglesia católica un San Anastasio, un San Benito, una Santa Gertrudis, un San Francisco Javier, y un venerable Cura de Ars. Luego el espíritu de santidad no se halla más que en la Iglesia de Jesucristo.

¿Dónde se halla la santidad acompañada de milagros? En la Iglesia católica. Preguntad á paganos y musulmanes, preguntad á los mismos protestantes si tienen amigos de Dios que curasen á los enfermos, y resucitasen á los muertos, iluminando al propio tiempo los entendimientos y convirtiendo los corazones; y quizás se van á figurar que os burlais de ellos. Al contrario, preguntad á los católicos si hay entre ellos hombres de Dios que hubieran hecho ó hicieran milagros, y os mostrarán á un hombre que vivió en carne y huesos como vosotros, que comia, bebia y andaba como vosotros, pero humilde, manso, inefablemente misericordioso; este hombre, os dirán, hizo frecuentes milagros. Irán á buscar y colocarán delante de vosotros sesenta inmensos volúmenes, las *Actas de sus Santos,* cuya mitad por lo menos son relaciones de milagros. «¡Leyendas, credulidad mujeril, impostura sacerdotal es todo esto!» exclamará quizás algun necio. Por favor, insolentes presumidos, leed las *Actas de los Santos;* si en el lenguaje de los narradores no reconoceis la ingenuidad de testigos veraces, consiento en confesar que el sol ya no tiene luz.

¿Dónde florece el lirio de la castidad? ¿Dónde se hallan criaturas humanas que renuncien á las bodas del siglo para vivir tan sólo del espíritu? Tambien en la Iglesia católica y sólo en la Iglesia católica. Todos los sacerdotes católicos, todos los religiosos católicos, viven en virginidad perpetua. Es tan conocida esta virtud en la católica Iglesia, que parece que los católicos ni siquiera se admiran de su heroísmo. Y sin embargo, es tan sublime que no sólo los paganos, sí que tambien los mismos protestantes, antes que creer en la pureza de nuestras vírgenes y sacerdotes, admiten las fábulas más extravagantes acerca de las casas sacerdotales y monasterios católicos. Luego, ya que virtud tan heroica es tan comun en la Iglesia, la Iglesia posee al Dios de la santidad y por consiguiente al Dios de la verdad.

Lo que decimos de la virginidad abrazada y profesada como un estado, debemos decir de la pobreza y obediencia. ¿Es cosa natural al hombre renunciar á todos los bienes de este mundo, renunciar á su propia voluntad para vivir pobre, perpetuamente pobre, obediente, y perpetuamente obediente? ¿Acaso no conoceis el anhelo del hombre por el lucro, y la tenacidad con que se apega á su voluntad propia? Nada sabeis del corazon humano si desconoceis que esta renuncia universal, perpetua é irrevocable, es contraria á todas las aficiones naturales del hombre.

Pues bien, sólo entre los católicos franceses profesan actualmente esta renuncia diez ó veinte mil hombres, y ochenta ó cien mil mujeres. Abrazáronla los innumerables solitarios de Egipto, Palestina y Arabia, la muchedumbre de hijos de San Benito, San Bruno, Santo Domingo, San Francisco y San Ignacio.

A la verdad, ¿es humana aquella doctrina que levanta á muchedumbres hasta el heroísmo? Empero el secreto de este admirable dominio del Evangelio, la razon de sus conquistas, ó mejor dicho, el ejercicio mismo de su poder, es la vida interior que crea y desarrolla en los hombres. El católico es un hombre interior que sabe recogerse y entrar en su corazon; está acostumbrado á oir en el fondo del alma la voz de Dios; es favorecido con luces interiores, gustos divinos, alegrías y consuelos que no se hallan en el trato con las criaturas. ¿Hay algun pagano que haya hablado de la vida interior, fijado las condiciones y los medios, y descrito los fenómenos de la misma? Al contrario; ¡qué arte de tratar con Dios el de los Santos de la Iglesia! ¡Qué ciencia de la oracion la de los más humildes fieles de Cristo! Cada dia se habla en la Iglesia, hasta á los niños, de recogimiento, de union con Dios, de devocion interior; se les enseña á conocer y confesar sus distracciones en la

oracion; sucédeles á menudo gozar de vivas luces interiores; y nada es tan comun como verlos profundamente llenos de emocion inexplicable al recibir la sagrada Comunion. Cuanto al religioso avezado á los ejercicios de la vida interior, apenas si algun pensamiento extraño pasa rozando por su alma durante las largas horas de su contemplacion. San Luís Gonzaga pasa seis y siete horas abismado en Dios en la oracion; Santa Teresa de Jesús, durante el dia, áun en medio del tráfago de sus quehaceres, no cesa de contemplar y gustar al Salvador, saboreando una miel interior que como espiritual maná baja del cielo, y deleitándose en una luz que le viene de todos los puntos del horizonte.

Hay momentos en que el alma se derrite y liquida de amor al contacto del mismo Dios que cual fuego la penetra; y experimenta transportes y embriagueces inefables. La vehemencia del amor puede arrebatarla á sí misma; entonces los sentidos dejan de obrar, porque el alma en cierta manera se vuelve toda espiritual, sin energía para servirse de sus sentidos, y toda enamorada de Dios, á quien abraza y estrecha por inexplicable manera. O por mejor decir, se vuelve *pasiva* bajo la mano de Dios, siente como si un inmenso océano la penetrase hasta la medula, y, vaciándose en ella, la transformara en él, en aquellas comunicaciones que no es capaz de expresar lengua ninguna; grábase Dios como un sello sobre su sér todo entero, y la une consigo con aquel místico desposorio que el mismo Espíritu Santo celebró en el Cantar de los Cantares.

¿Dónde se halla esta abundancia de vida interior fuera de la Iglesia? ¿Dónde se halla, fuera de la Iglesia, la vida interior llegando hasta el arrobamiento, hasta el éxtasis, hasta la muerte misma? Entonces, pues, ¿quién dudará de la verdad de tales misterios que levantan á una vida intelectual tan extraordinaria á sabios é ignorantes, á hombres y mujeres, hasta á adolescentes y asimismo á tiernos niños? Luego la revelacion es verdadera. Luego la revelacion es la verdad, como el rayo es la luz.

¡Ay! todavía tememos hablar aquí un lenguaje incomprensible para nuestros contrarios, pero les pedimos otra vez que observen de cerca y estudien á algun católico fervoroso; y no sólo verán, sino que tocarán, por decirlo así, con el dedo la verdad de nuestra Religion.

3. Fecundidad de la Iglesia.

20. a. ¡Qué preciosa fecundidad en la Iglesia! El arrianismo, la herejía albigense, el protestantismo, tienen un período de progreso, y luego caen en irremediable decadencia: las escuelas filosóficas brillan un instante, mas su resplandor es temporal: las diversas instituciones humanas nacen, progresan, llegan á su apogeo, declinan y desaparecen. Es una ley universal. Mas nó, hay una excepcion. La Iglesia conserva, ella sola, un vigor que jamás se debilita; ella sola goza de una juventud que se renueva como la del águila; ella sola posee una fecundidad inagotable.

Es menester confesarlo, vense surgir decadencias en su seno; pero estas decadencias van siempre seguidas de restauraciones y reformas. Desaparecen á veces algunas instituciones eclesiásticas, pero dan lugar á otras instituciones más admirables. La Iglesia pare sin cesar nuevos pueblos á Jesucristo; cada siglo ve aparecer nuevas Ordenes religiosas; después que una tormenta revolucionaria ha derrumbado los monasterios, vemos doquiera monasterios más fervorosos que se reforman; cuando las expoliaciones han empobrecido á la Iglesia, vuélvese más que nunca fecunda en Santos; si el espíritu del cisma ó de la herejía le arrebata pueblos enteros, el espíritu de celo le convierte pueblos más numerosos. La Iglesia llena el mundo todo con sus obras é instituciones; y en cuanto una persecucion aniquila